

EL PRESO POR AMOR,



EL REAL ENCUENTRO.

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE LUIS NAVARRO EL DIA 14 DE OCTUBRE
EN CELEBRIDAD DE LOS AÑOS DEL PRÍNCIPE N.TRO. SR. (QUE DIOS GUARDE.)

SU AUTOR DON ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR.

ACTORES.

Don Leandro de Guzman, Teniente...	Manuel Garcia Parra.
El Conde del Cerro.	Braulio Hidalgo.
Don Placido, Capitan de una de los Quarteles de Invalidos.	Felix de Cubas.
El Marqués del Roble, Padre de Don Leandro.	Antonio Soto.
Un Oficial.	Josef Rojo.
Aniceto, Padre de.	Antonio Pinto.
Faustina.	Sra. Rita Luna.
Doña Rosa, Hermana del Conde.	Sra. Rosa Garcia.
Valerio, Criado de Don Leandro.	Josef Garcia.
Andrés, Criado del Marqués.	Mariano Querol.
Un Sargento.	Juan Codina.
Un Criado de Don Placido.	Pedro de Cubas.
Soldados.	

La Escena se representa en uno de los Quarteles de Invalidos de esta Corte.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una Sala sin adorno, que dá paso á una prision, cuya puerta estará á la izquierda con grueso cerrojo y llave natural. En medio del fondo otra puerta grande, que es la entrada á la habitacion de D. Placido. Esta puerta será de dos hojas grandes con vidrieras para manifestar el interior de una Sala adornada con primor, teniendo á la vista dos grandes Cornucopias con velas, que se encenderán á su tiempo. A la derecha estará la puerta de la entrada principal. Algunas sillas repartidas sin orden, ocuparán el centro.

Delante de la puerta de la prision se pasará lentamente un Centinela con su arma al hombro. Salen quatro Soldados con las suyas del mismo modo por la puerta

de la derecha, dirigidos por el Sargento, que traerá su fusil terciado. Se dirigirá este con uno de aquellos al Centinela para mudarle. Los tres quedarán formados en el fondo de la Escena.

Sarg. Centinela, dé Vmd. la orden. **C**al que ha de ocupar su puesto. Da el que sale al que entra de centinela la orden, que debe observar con las armas presentadas.

¿Queda usted bien enterado de la orden? Pues el preso está á su cargo. Ojo alerta.

Nuestro Capitan, bien presto saldrá de su cuarto. Vamos. *Vanse.*

El Centinela se paseará; pero viendo salir por la puerta del fondo á D. Placido acabando de ponerse el espadín, trayéndole un criado el sombrero y baston, quedará plantado á su frente.

Plac. Las diez... Si el Conde del Cerro á verme viniese, dile *(mira el reloj)* le buscaré en concluyendo

Toma sombrero y baston.

cierta diligencia, que me ha encargado nuestro preso, y mi amigo Don Leandro, por quien hablado le tengo.

Criad. Bien está, Señor. *Vase.*

Plac. Dios quiera

que se cumplan mis deseos!

Caminando á la puerta de la derecha.

En favor de la amistad

lo emprenderé todo... Pero...

Se detiene, reflexiona y vuelve á la Escena.

¿deberé salir de casa

sin dar antes un consuelo

á Leandro con mi vista?

No es facil. Sacad el preso.

Le dá la llave de la prision.

Corre el Centinela el cerrojo, y al ir á abrir la llave, se oye ruido de pasos violentos por la parte interior de la puerta principal, y se detiene.

Pero esperad. Este ruido

¿d qué será?

Dentro Sargento. Deteneos,

Señora... Aguardad, Paysano.

Faustina dentro. Por piedad Sr. Sargento.

Con voz triste.

Plac. Esta es muger afligida.

Dejad que entren.

Despues del medio verso que sigue, que dirá dentro Faustina, sale precipitadamente, caída la mantilla sobre los hombros, y con las mayores demostraciones de sobresalto, se arroja llorando á los pies de D. Placido.

Faus. Justos Cielos,

dadme amparo! Buen Señor,

si es verdad, como lo creo,

que ese adorno militar

al que es digno de traerlo

le inspira acciones brillantes,

grandes y excelentes hechos,

ninguno emprender podeis

de mas gloria y lucimiento,

que amparar á una inocente

Joven... Me viene siguiendo

mirando á la puerta

una mano vengativa:

la misma crueldad: yo os ruego

con lagrimas...

Plac. Suspendedlas:

no temais. ¿Quién á ofenderos

se atreve, preciosa joven?

Todo mi asilo os prometo.

Nada os acongoje, nada:

que yo haré...

Faustina, que durante estos versos habrá estado manifestando su temor, mirando con frecuencia la puerta por donde salió y viendo que la abren, corre á favorecerse de D. Placido, poniendose á su espalda. Este que vé salir con igual aceleracion á Valerio, saca la espada; se adelanta á recibirlo, y él queda confundido.

Faus. ¡Ay Dios!

Val. Siguiendo

nos viene sin duda.... Mas....

Viendo la espada puesta al pecho.

Plac. Si otro paso dais, el pecho

os traspaso.

Val. Señor... Yo...

Plac.

Plac. Y tenéis atrevimiento
de profanar de este sitio
la inhumanidad y el respeto?
Centinela.

A esta voz y seña que le hace, echa el Centinela con prontitud el cerrojo á la puerta. Cala bayoneta, y parte ácia Valerio. Faustina lo observa, y corre á interponerse entre él y D. Placido.

Faus. Señor, ved
que ese es mi fiel guarda...

Plac. Pero...
Retiraos... ¿De quién huiis?
El centinela se retira, y él envayna.

Faus. ¡No puedo alentar!

Val. Yo menos,
pues huyendo de un peligro,
vine á dar en mayor riesgo.

Plac. Decid quien os perseguia
y por qué causa? Yo os ruego
me declareis vuestras penas,
ya que tanto os compadezco.

Faus. Yo hice en mi patria, Señor,
un delito: le confieso,
y que mientras viva, de él
arrepentirme no espero.

Plac. Pues ese será un delito
muy peregrino, supuesto
que le conocéis, y no
produce arrepentimiento.
Sepámos qual es.

Faus. Señor...
amar.

Plac. ¿Amar? Pues yo creo
que si ese es delito, todos
Señora, le cometemos.

Val. Eso mismo digo yo.

Plac. Y qué, ¿os persiguen por eso?

Val. Si señor, porque lo amado
es de ilustre nacimiento,
y el de esta Señora, humilde.

Plac. Por lo mismo se halla preso
mi amigo Don Leandro allí.
¡Y cuánto, cuánto lo siento!

Faus. Yo amé, Señor, y amo á un joven,
á quien lo ilustre es lo menos,
que le hace recomendable;
pues solo alaba lo ageno

quien celebra á sus pasados,
sino imita sus aciertos.
No del sordido interés
los viles inducimientos,
ni de su cuna los brillos,
explendores, y reillexos,
me animaron á quererle.
Eso queda para aquellos
espíritus tan oscuros,
que sin que de merecerlos
hayan dado pruebas, quieren
con prestados lucimientos,
representar en el mundo
lo que no nació para ellos.
La virtud, la providad,
trato generoso, recto,
y sencillo corazon
de mi dulce amante, fueron
los unicos seductores
(¡y qué amables!) de mi afecto.
Me dió la mano, y palabra
de esposo: ya estaba haciendo
las precisas diligencias,
para que tuviera efecto
nuestro lazo indisoluble,
quando su padre á saberlo
llegó: le encerró en un quarto,
le hizo presente el defecto,
y la mancha que en su sangre
causaria el Himeneo
que solicitaba: airado,
y cruel (porque su genio
feroz, es incomparable)
le puso el duro precepto
de no verme jamás, si
no queria ser exemplo
de hijos viles. Le escuchó
mi prudente amante: pero
como era tanto su amor,
respondió humilde y atento,
que debía á su promesa
dar el justo cumplimiento.
Que estaba pronto á sufrir
todo aquel castigo impuesto
por las leyes á un delito
de aquella clase, primero
que faltar á su palabra,
y solemnes juramentos:

4
 y en fin, que él, debía ser-
 de Faustina, esposo y dueño,
 que es mi desgraciado nombre.
Plac. Qué es lo que he escuchado, Cielos!
 Faustina os llamais? *(ap.)*
Faust. Faustina,
 si señor.
Plac. Ella es! *ap.*
Faust. Sangriento
 y cruel el padre... (ay; Dios!)
Plac. Dio su queja al Rey, y preso
 trageron á vuestro amante
 á la Corte.
Faust. Eso es lo cierto. *sorprendida.*
Plac. Y que es el Marqués del Roble:
 su padre, ilustre en extremo;
 pero en extremo feroz,
 altivo, é inhumano.
Faust. Pero
 ¿cómo eso sabeis, señor?
Plac. Teniente del Regimiento,
 en que yo fuí Capitan,
 es Don Leandro, le profeso,
 una amistad verdadera;
 sé su historia, y me intereso
 en su bien, como en el mio.
 Con que con mas causa ofrezco
 servirlos en quanto pueda.
 ¿Qué preciosa es! Yo entiendo,
 que es Toledo vuestra patria.
Faust. Negarlo, Señor, no puedo.
Plac. Y cómo á Madrid venisteis?
 Sabeis á dónde está preso
 Don Leandro? Y quién fué el que
 os venia persiguiendo,
 que aquí llegasteis temblando?
Faust. Diré, Señor. Por un medio
 seguro, me dió Don Leandro,
 el aviso tan funesto
 de que iba á ser conducido
 en aquel mismo momento
 de orden del Rey, y por queja
 de su Padre, á Madrid preso.
 Que abandonase la casa
 de los míos, luego, luego,
 porque el suyo pretendia
 hazerme triste trofeo,
 ó victima de sus iras.

Que fuese á la de Valerio señalándole
 sigilosamente, el qual,
 me tendria sin recelo
 oculta en ella diez dias,
 y que transcurados estos,
 á la Corte me traeria,
 y á la casa de Don Pedro,
 de Píñalazi, cambiante
 de leiras, rico en extremo:
 el que me tendria en ella
 con mucho gusto, y sin riesgos;
 y que allí me avisaria
 de lo que fuese ocurriendo.
 Yo obedecí á Don Leandro;
 mas no dexé el patrio suelo
 hasta que se pasó un mes,
 porque penetró Valerio,
 que nos tenian tomados:
 los pasos, con el desseo
 de hallarme el Padre de Leandro,
 y hacer conmigo un horrendo
 sacrificio á su venganza.
 En fin, venciendo mi afecto
 el temor, y los peligros,
 anoche, con el secreto
 correspondiente; salimos
 de nuestra Patria: sin riesgo
 llegando habré tres horas:
 á la casa de Don Pedro
 Píñalazi, dirigimos
 (por las señas que nos dieron)
 nuestros pasos; mas en esta
 calle, reparó Valerio
 en que un hombre nos seguia
 con recatado misterio.
 Me lo advirtió, le observamos,
 y conocimos que Anselmo
 era, criado del Padre
 de Leandro, y tan perverso
 como aquel. Nos contemplamos
 perdidos, si conocernos
 conseguia: apresuramos
 el paso: él hizo lo mesmo;
 llegamos á este Quartel,
 corro á esa puerta, el Sargento
 me detiene: á vuestra voz
 obedece: os hallo, os cuento
 mi desdicha: conocis:

á mi amante : él está preso,
 é ignoro donde : su amigo
 sois : y pues el justo Cielo
 me ofrece en vos un amparo
 tan respetable : yo espero
 de vuestra clemencia, seais
 el asilo, el norte, el puerto
 de mis penas, pues rendida
 os lo suplico, y lo ruego.

*Queda un momento consternada de dolor, y
 despues, arrastrada de un impetu de ternura,
 dice con voz fuerte.*

Oh, ¡Dios! Ah Leandro mio!...

Qué será de tí!...

Leand. Qué acento á la puerta de su
 tan dulce me nombra? Amigo (prision.
 Placido, por Dios te ruego
 que abras mi prision.

*A estos versos Don Placido manifiestará
 su sorpresa, Valerio su admiracion, y Faustina
 que quedó en un profundo abatimien-
 to, luego que oye á Leandro se conmueve,
 fija sus ojos á donde suena la voz, y con-
 cluida corre á la puerta de la prision.*

Don Placido la detiene.

Faust. Qué escucho!

El es... Leandro.

Plac. Deteneos,

Señora... Qué vais á hacer?

Val. Este es un encantamiento!

Leand. Faustina!

Faust. Leandro amado!

Leand. Placido!

Faust. Señor... de rodillas.

Plac. ¡Qué empeño! *ap.* levántalo!

Y que haré... se han conocido.. refle-

Y me suplican.. Sargento, *acionando.*

Sale el Sargento. Señor.

Plac. Nadie me entre aquí

sin avisarme primero. *Vase el Sarg.*

Centinela, retiraos.

hasta que os llame.

*Llegando á el, tomando la llave, y señalando
 su habitacion, por cuya puerta entrará.*

Cent. Obedezco.

Leand. Placido.

Faust. Señor.

Val. Señor:::

Plac. Esto no tiene remedio.
 Mientras abre la prision dirá los versos
 siguientes. Faustina y Valerio, le observa-
 rán con eficacia, mirandose alguna vez pa-
 ra comunicarse el gozo que les inflama.

Que le tenga preso aquí, *ap.*

y que de él responder debo,
 manda el Rey en su Real orden.

No la quebranto por esto.

*Abre la puerta y sale Leandro acelerado,
 vestido con sencillez, descompuesto el ca-
 bello, y pálido el semblante. Examina des-
 de la puerta la scena con agitacion: vé á
 Faustina, corre á ella, y antes de llegar,
 ésta cae desmayada en los brazos de Valerio.
 Leandro y Don Placido se ponen á sus la-
 dos, y la colocan en una silla.*

Leand. Dónde estás, Faustina!...! Ah,
 dulce bien mio!

Faust. Yo muero!

Leand. Faustina! Ay Dios! *mirando á*

Val. Mi Señora. *Placido.*

Plac. Es un desmayo ligero. *despues de*

Consuelate. Ya en sí vuelve. observarla.

Faust. Ay de mí!... Mas yo le veo!...

No me engaño... El es... Leandro!

se levanta precipitadamente.

Leand. Faustina!... A hablar no acierto

Quedan los dos sorprendidos mirandose

Val. Señora., Amo y dueño mio. *lo mismo*

Plac. Qué espectáculo tan tierno! *ap.*

Pero ¿qué quiere decir

tan debil abatimiento?

¿Es ese acaso, el valor

de un Soldado, de un Guerrero

como tú?

Leand. Y hay quien resista

á un enemigo tan bello?

Pero cómo estas aquí,

amada Faustina? El Cielo

te restituye á mi vista

despues de tan largo tiempo?

¿No logró mi Padre cruel

el esterminio funesto

de tu familia infeliz,

que vengativo, y sobervio

pensaba hacer, despues de

tenerme á mi en esc encierro?

Pero ay Dios! Qué mal indicio es hallarte aquí, pues creo... que el rigor... Estás también presa, Faustina!... El tremendo opínio horror logro oprimir con duros yerros á la inocencia: eclipsar los rayos, puros y tersos de la virtud, y arancar su santuario, y su templo que eres tú, de solo un golpe barbárico, injusto, y tremendo? Pero ya tus señas, ya las de Placido y Valerio, me dicen, que libre estás: ya respiro con sosiego. Y qué mucho! si creía que nubieras sido de un fiero brazo, victima inocente? Y no era fuerza creerlo, faltandome aviso tuyo, de mi Padre conociendo la vengadora cueldad, y no estando tu á su tiempo en casa de Pifialazi como esperaba mi afecto? Pero adorada Faustina quita mis dudas. Qué es esto? Por qué benefica mano estás aquí con Valerio? Corre el velo á tan amable confusion.

Faust. Y cómo puedo abrir mis tímidos labios quando os miro padeciendo por mi causa tantas penas, ultrages y sentimientos! Oh, Dios! Toda mi alma se abre de dolor, Señor, al veros! Qué palido el rostro! Qué ojos tan tristes! siendo ellos... Tu, naturaleza sabia verás al amor paterno proceder con tal crueldad sin darte horror! No lo creo.

Sale el Sargento, desde la puerta llama á D. Placido, y en el intermedio que habian los dos como en secreto, se supone que Faustina instruye á Leandro de lo que desea saber.

Sarg. Mi Capitan.

Plac. Qué se ofrece?

Sarg. Solicita con anhelo hablar al Señor Don Leandro, pues sabe que está aquí preso, un criado de su Padre.

Plac. Criado del Padre?

Sarg. El mismo lo dice.

Plac. Dixo su nombre?

Sarg. No señor.

Plac. Id á saberlo. *Vase el Sargento.*

A qué vendrá este hombre?

Leand. Con que hasta aquí os vino siguiendo?

Val. Si señor.

Leand. Y á Pifialazi no habeis visto?

Val. No por cierto.

Sale el Sarg. Se llama, Señor, Andres.

Plac. Decidle espere un momento.

Pero antes, oid. *le habla ap.*

Faust. Qué amable, qué generoso, y atento es Don Placido!

Leand. Y qué acaso tan venturoso en extremo te trajo, Faustina, aquí!

Plac. Al mismo Conde del Cerro entregareis mi papel.

Los dos os irán siguiendo:

Señalando á Faustina y Valerio.

por la otra puerta saldrán:

Id con cuidado.

Sarg. Ya entiendo. *vase.*

Plac. Señora, entrad en mi quarto, y siguela tu, Valerio.

Pronto, porque os pueden ver.

Leand. Pero Placido, tan presto la separas de mi vista?

Plac. Es preciso: no hay remedio.

Faust. A Dios Señor Don Leandro.

Leand. A Dios mi dulce embeleso.

Se encamina Faustina con Valerio á la puerta de enmedio. Leandro no quitará la vista de aquella; la qual volverá la suya dos veces á contemplarle. En la puerta le mira con mas atencion y ternura; dá un sus-

suspiro, levanta las manos al Cielo, y se entran.

Plac. Vuelvo al instante. **Vas.**

Lean. Y podrá ningun humano respeto, la opresion mas rigurosa, y el castigo mas sangriento, separarme de este hechizo y hacer que mis juramentos solemnes quebrante? No.

Antes me confunda el Cielo.

Ah, Faustina amada mia! Todo lo que en tí echa menos

mi Padre, lo encuentro yo mas resplandeciente, y bello

Tu virtud, es tu nobleza. A esta, los mortales dieron

su valor: pero el origen de aquella, viene del Cielo.

Luego quién me hará dexar lo que es mas, por lo que es menos.

Vase Plac. Ya puse la esquila al Conde.

Leand. Placido, amigo, qué nuevos é incomparables favores de tí recibí! Con ellos

alientas al que se hallaba de la amargura cubierto.

Y mi Faustina?

Plac. Allí queda con mis primas.

Leand. Por qué medio tan raro, la ha conducido

la suerte aquí! Yo no puedo dejar de creer que encierran

ciertos acasos misterios, que á la humana inteligencia

la es imposible entenderlos. Oye lo que me ha contado.

Plac. Todo lo sé.

Lean. Lo celebro. Pero Placido, por qué

la arrebataste tan presto de mi vista, y por qué ahora

no sales? Vamos adentro, mi fiel amigo: á sus ojos,

nada, nada echaré menos.

Plac. No puede ser. Esperando estoy al Conde del Cerro;

joven, cuya providad, justificación y zelo

al servicio Real, le hacen acreedor al valimiento

que disfruta del Ministro.

Es mi amigo, le intereso en tu favor, lo ha ofrecido

y por él tu dicha espero. Hoy quiere hablarte. Un criado

de tu Padre, está en el cuerpo de Guardia; pretende verte

con mucha ansia, y yo recelo si es acaso....

Lean. El que siguió á Faustina y á Valerio?

Traydor! él será sin duda. Mas qué querrá este perverso?

Plac. Me parece que se llama Andrés.

Lean. Haz que entre al momento: Andrés es muy fiel y honrado: pero una alma vil Anselmo.

Plac. O!a!

Sale Sarg. Señor.

Plac. Decid que entre ese Paysano. Ya tengo prevenidos á los dos.

Tomad la esquila. Id por ellos. **Se**

Sarg. Bien está, Señor. **Plac.** Leandro,

tendrá mucho sentimiento quando sepa que Faustina

está en otra parte. Pero habrá de tener paciencia,

que asi por su bien procedo. **Sale Andrés apresudaramente, y al ver á**

D. Leandro corre á él, se arroja á sus pies, y se abraza á ellos tiernamente.

And. ¡Ah, mi amado Señorito! Gracias al benigno Cielo

que me permite besar esta mano, que venero.

Lean. Lebanta Andrés. Yo bien sé el mucho amor que te debo.

And. Y de qué sirve mi amor? Si pudiera ser remedio

de vuestras penas, mi sangre, qué gozoso, qué contento

la derramaría toda!
Ver á mi amo padeciendo
en la estancia del horror
sin poder darle consuelo!

Lean. Pero, dime, Andrés, mi Padre.

And. Oh! vuestro Padre bien presto
estará aquí. A prevenirle
la posada yo, y Anselmo
nos adelantamos. Quise
me fuesen utiles estos
instantes; y á veros vine,
pues ya se sabe en Toledo
que aquí preso estais.

Lean. Mi Padre *Con sumo sobresalto.*
en Madrid! Con causa temo.

Plac. No temas nada.

And. Ah Señor!
Debe temer mucho... Pero
podré hablar. *aparte á Lean.*

Lean. Si, todo, todo.
Es mi amigo. Mas yo pienso
no permitirá mi Padre,
que á Faustina un tratamiento
cruel se la dé.

And. No es cosa
ese es todo su deseo.

A su Padre trae consigo,
para que este pobre viejo
se ponga á los pies del Trono
y pida que en un encierro
vil, á su hija se castigue,
y que aquel sea perpetuo.

Lean. Cómo? Con mi padre viene
el compasivo Aniceto?

And. Si Señor, el compasivo;
pero lo fué en otro tiempo.
Era dulce y apacible;
mas vuestro Padre, que creo
que es hecho todo de azufre;
en azufre nos le ha vuelto.

Lean. Pero cómo ha sido?
And. Oidme.

Al instante que os prendieron,
y á la Corté os conducian,
vuestro Padre, con imperio,
dijo al Alcalde mayor,
que en aquel mismo momento
asegurase á Faustina,

y pusiese en un encierro
con dobles prisiones. Dióle
la orden precisa para ello,
que era del Señor Ministro;
y pasó el Juez al momento
á la casa de Faustina,
con grande acompañamiento
de Alguaciles. Vuestro Padre,
iba á todos dirigiendo.

Llegan por fin á la casa
se les presenta Aniceto;
le preguntan por su hija,
ignora su paradero;
la buscan, registran todo,
no la hallan, y al pobre viejo
vuestro padre le hoaró tanto,
que despues de otros dicitios
los mas infames, le dijo
que sabia era el tercero
de la torpeza de su hija,
y que hacia juramento
de vengarse de él. En fin,
Señor, vuestro Padre viendo
este golpe malogrado,
mandó que fuese Aniceto
á verle al dia siguiente:

le trató con mas desprecio,
y no le dejó vivir
hasta que le dió el buen viejo
palabra de proceder
contra su hija. Esto es lo cierto;

á esto vienen á la Corte,
y yo de todo os prevengo,
para que esteis advertido
contra enemigos tan fieros.

Sale Sarg. Todo se hizo, Señor.

A Don Placido que se llega á él.

Plac. Bien: cómo lo recibieron?
y cómo los recibieron?

Sarg. Con amor incomparable,
y humanidad sin exemplo.

A la seña que le hace D. Placido se vá.

Lean. Haber seducido asi
aun al honrado Aniceto,
mi Padre? Mas dime, Andrés,
no se sabe el paradero
de Faustina?

And. Qué! á saberle

quién

quién duda la hubiera muerto?
Pero Señor, yo os suplico á D. Pla,
que deis orden al Sargento
para que me deje entrar
con libertad.

Plac. Te lo ofrezco,
entrarás quando quisieres.

Lean. Toma, Andres.

Dandole unas monedas,

And. Señor, ¿qué es eso?

Viendolas sin tomarlas.

Con dinero no se paga
el puro amor que os profeso;
conque Usia lo agradezca
será para mi gran premio.

Lean. Yo sé tu fidelidad
y desinterés. No es esto
retribucion, es fineza.

And. Pues si es fineza la accepto,

¡Ah, monedas admirables
de mi corazon! Protesto
que os guardaré, como alhaja
preciosa y rara en extremo.

Lean. Pero ¿por qué asi te admiras?

No tienes pruebas...

And. Las tengo
repetidas, y de sumas
mucho mas crecidas; pero
todas juntas, no componen
lo que esta para mi afecto.

Lean. Pero por qué?

And. Por qué? Pues
no es un milagro que un preso
en su faldriquera tenga
monedas que dar, supuesto
que apenas entra en la carcel
es el castigo primero
registrarle y arrancarle
su poco ó mucho dinero?

Plac. Eso se vé solo, quando
los que se suponen reos
son tratados por ministros
injustos; con cuyos hechos
infaman la misma Carcel
tan respetable. Yo entiendo
que unicamente está ella
destinada por el recto
y sabio Legislador,

para custodiar á aquellos
desgraciados que la habitan
con delitos, ó sin ellos,
porque aveces hay indicios
que al fin no suelen ser ciertos.

Si pierden la libertad,
¿por qué quitar su dinero?

Si los sabios Magistrados
supieran esos excesos,
quién duda que con la pena
lograrán el escarmiento?

And. Si os he ofendido, Señor,
que me perdonéis os ruego.
Yo digo lo que me acuerdan
estos lugares funestos.

Plac. Mas todos no se manejan
por unos mismos sugetos.

Entre algunos que son malos,
hay muchos que son muy buenos.

And. Lo creo asi, Señorito,
hasta otra vez.

Lean. Yo te ruego
que no me olvides.

And. Jamas.

Buen Señor, guardedeos el Cielo. *(Vase.)*

Plac. ¿Qué caracter de criado
tan noble!

Lean. Es muy fiel.

Sale el criada de D. Placido.

Plac. Qué es eso?

Criad. Ha llegado con su hermana
el Señor Conde del Cerro,
y quiere hablaros.

Plac. Que venga
el Centinela al momento.

Vase el Criado.

Entra en la prision, Leandro:

Este Conde, es el empeño
en quien confio que logres
tus amorosos deseos.

Ha de hablarte. Entra.

Lean. ¿Quando
acabarán mis tormentos!

Ah, mi Faustina!

Plac. Cerrad al Centinela que lo hace
la prision. Conde, aquí espero.

Desde la puerta, despues de cerrada la
de la prision, y colocándose el Centinela en

su lugar, vuelve D. Plácido al medio de la Escena, y sale el Conde.

Cond. Te debo dar muchas gracias por el favor que me has hecho en disponer que mi casa sirva de Norie, y de Puerto á la virtud perseguida. ¡Pobre Faustina! Te ofrezco, usar contigo de todas las voces y sentimientos de la compasion. Mi hermana está loca de contento con ella, y bien instruido yo de todos sus sucesos. Engañó el Marques del Roble al Rey y al Ministro, haciendo un informe contra su hijo de mil falsedades lleno; y á la preciosa Faustina quiso deshonrar. Yo tiemblo de ira solo al contemplarlo! El Ministro está tremendo advirtiéndose engañado; y aconsejar quiero al preso lo que le es mas util. Haz que salga aquí.

Plac. Sé de cierto, que sino ha llegado el padre, estará en Madrid muy presto.

Cond. Si se presenta al Ministro, tendrá buen recibimiento.

Sale el Sarg. Mi Capitán.

Plac. Qué ha ocurrido? *le habla ap.*
Decidle que entre al momento.

Vase el Sargento.

Ya es preciso suspender que hables á D. Leandro. Tengo una gran visita, amigo.

Cond. Quién?

Plac. Su padre.

Cond. Lo celebro.

Sale el Marques seguido de Andres. El rostro de aquel manifiesta la ferocidad de su corazon. Hace una pequeña cortesía, pero con entereza, á los dos. Despues del primer verso se dirige al Centinela, y al ir á llegar á la puerta de la prision, le recibe con la punta de la vayoneta.

Marq. A dónde está D. Leandro?

Sacadle aquí, porque quiero hablarle. Mas yo entraré en su prision. Qué, que es esto?

Con furia.

Sabéis quien soy? Os atreveis...

Os parece, Caballero,

á D. Plácido con tono fuerte.

que es digno el Marques del Roble, padre del que aquí está preso, de este trato?

Plac. Y os parece

que es un delito pequeño

atreverse á atropellar

á la centinela?

Marq. Pero

yo creí...

Plac. Creisteis mal.

Escuchad lo que os advierto.

En el sitio en que os hallais,

no sirven los privilegios

del título mas ilustre.

Aquí solo obedecemos

la voz al Rey: las demas

son como dichas al viento.

Se quitan el sombrero él, y el Conde; pero no el Marques.

¿No ois que he nombrado al Rey?

Abatid ese sombrero,

ó haré os le quiten de un modo

que os enseñe á ser atento.

Cond. Qué bien abatió su orgullo! *ap.*

Paseándose sin tomar partido en las contextaciones.

Me ha dado un gusto completo!

Marq. A mí enseñarme! Y quien puede

intentarlo? Si al respeto

debido al nombre del Rey

falté, la disculpa tengo

en que soy padre irritado,

y el furor me puso ciego.

Plac. ¿Y cuándo las ceguedades delitos no produgeron?

Marq. ¿Y no puedo hablar á mi hijo?

Plac. Vuestro hijo está sujeto

del Rey á la voluntad.

Marq. De esa manera lo entiendo:

Pero puedo hablarle, ó no?

Plac.

Plac. No tengo reparo en ello:
pero para conseguirlo,
pusisteis muy malos medios.
Marq. No os conocí: perdonad.

Plac. Por éste vestido, creo
que debierais conocer
mi carácter, y...

Marq. Ya tengo
dicho que me perdoneis. *Muy ayzado.*

Plac. No, no os irriteis por eso.
Con ironía.

El preso á mi vista. No:
yo le sacaré.

Se entra por la puerta de la prision.

Marq. Me quemo *ap.*
interiormente al notar
los ultrajes que padezco!
¿Y por qué no se irá este?

Por el Conde.

Querrá escuchár si repréndo
bien, ó mal á mi hijo? No;
yo le echaré de aquí presto.
Algun importante asunto *con(enteresa)*
os obliga, Caballero,
á deteneros aquí?

Cond. Pero sepamos primero
¿con qué autoridad me hacéis
esa pregunta?

Marq. Yo tengo
que hablar á solas á mi hijo.

Cond. Pues sabed, que si yo debo
salir de aquí, no sois vos
quien lo ha de mandar. Me acuerdo
que D. Plácido os mostró
algunos advertimientos
que debieran reformaros.
Se os olvidaron: lo siento.

De la voluntad del Rey
este Gefe, á un mismo tiempo
es intérprete, y Ministro.
Si el solo, así lo comprendo
puede permitir me quede,
tambien en él solo encuentro
quien puede mandar me vaya.
Os respondí... Majadero!

*Salen D. Plácido y D. Leandro. Aquel
dexa que este se adelante. El Conde se re-
tira un poco observando con eficacia y*

*terneza á D. Leandro. Andres estará mas
desviado; pero manifestará la compasion
que le causó aquel: el qual irá con hmi-
dad á ponerse á los pies del Marques,
y este se retira con furor.*

Lean. Padre amado!

Marq. Aparta, ingrato,
insolente, y...

Plac. Contencos. *Entre los dos:*

No se os olvide que el Rey
manda aquí solo, que vuestro
hijo, no es mas que un sagrado
depósito, del que debo
responder; y que aquí todo
os debe infundir respeto.

Marq. Con que á mi hijo no podré
explicar mis sentimientos?

Plac. Podeis; pero con decoro,
no con viles tratamientos.

Marq. Pues baya, enseñadme vos,
para evitar mis defectos,
el modo de conducirme,
y voces que decir debo.

Plac. Vuestra noble, é ilustre sangre
que alabais tanto, ha de hacerlo;
y si ella no os lo enseñase,
no busqueis otro Maestro.

Se retira con el Conde.

Marq. Que tenga que tolerar *ap.*
á este hombre! Un fuego aliento!
Acércate, ingrato hijo,
respetá en mí un padre lleao
de enojo, porque cruel
le ofendiste. Ese silencio,
ese semblante abatido,
y temor humilde, creo
declaran bastantemente
que reconoces tus yerros.
No, no pienses llegará
la emienda fuera de tiempo.
Esta prision, que segun
tu delito tan horrendo
debiera yo mantener
cerrada siempre, te ofrezco
será abierta en el instante,
como tambien la del seno
de mi corazon, si arrojas
del tuyo, aquel vil objeto

que le seduxo.

Lean. Señor,
jamás saldrá de mi pecho.

Marq. Cierra el labio. Cúbrete
de rubor. Estos recuerdos
merece la ilustre sangre
de tus gloriosos abuelos?

Lean. La mejor sangre, Señor,
es la que tiene su asiento
al lado de la virtud.

Esta sigo, y esta quiero.

Marq. No te avergüenzas, vil hijo?

Lean. No, Señor, ni me avergüenzo,
ni sé de qué. Bien conozco
que mis actuales intentos
no aumentarán los blasones
de mi cuna, lo confieso.
Pero tampoco podrían
denigrarla. Un nacimiento
civil, costumbres honradas,
y virtuosas, contemplo
que unidas á la nobleza,
no la causarán desprecios.

Marq. Eso pronuncias? Mas yo
sostendré con todo empeño
el lustre de mi nobleza,
mi decoro, y los derechos
de la paternidad, que
sobre tí, mal hijo, exerzo.

Lean. Y yo seré siempre humilde
adorador del paterno
sagrado carácter, que
en vos reconozco; pero
sabré sostener también
con constancia, y ardimiento,
los derechos que me dió
la naturaleza.

Marq. Y esos,
¿quáles son? Tú, ¿no me debes
la vida?

Lean. Señor, es cierto;
mas también con ella, un don
mas precioso me dió el Cielo;
pues al poder de los hombres
jamás se mira sujeto.

Marq. Y qual es ese precioso
don?

Lean. La libertad que tengo

para amar lo que es tan digno
de ser amado.

Marq. Perverso,
traydor, hijo loco, y...

Lean. Señor, Señor, deteneos.

Me tratais indignamente
sin justa causa, y no puedo
tolerarlo. Vuestro óñojo
manifestad con aquellos
modos y voces, que explican
claramente el sentimiento,

y no infaman la persona
de quien se tienen. Yo debo
respetaros como á padre;

pero si acaso me acuerdo
del honor, que este vestido
me dá, que desde el momento

que le vesti, consagré
mi fidelidad, mi esfuerzo,

mi persona, y vida al Rey,
y á la Patria, considero

que mi persona y mi vida
son de mi Rey, y por ello
no he de permitir se traten

con tan indigno desprecio,
que el mas vil de los mortales
no sufriera. Esto supuesto,

porque no os irrite el verme,
ni (si me infamais) resuelto

os responda, á mi prision
otra vez, Señor, me vuelvo;
y creed, que amare siempre

á Fausina, aunque el sangriento
rigor me aflija con penas,
amarguras y tormentos.

*Parte á la puerta de la prision: el Marq.
ques corre á detenerle, y á su voz
lo hace.*

Marq. Detente... Espera... Lo manda
tu padre.

Lean. A esa voz, no puedo
desentenderme... Mas hable
mi padre, si puede hacerlo,
como hablar se debe á un hombre
de honor; no con vituperios.

Marq. Permitid, que entre un anciano
á D. Plácido.

que está esperando.

Plac.

Plac. No tengo reparo.

Marq. Llámale, Andres. *Vase este.*

Plac. Este ha de ser, segun creo

al Conue aparte.

de Faustina el padre.

Cond. Tristes amantes! Los compadezco.

Es bello joven D. Leandro.

Qué prudente, y qué discreto!

Marq. Amenazas y rigores *ap.*

han de lograr mis intentos;

y sino, la muerte sabe poner á todo remedio.

Llega, respetable anciano,

viendo salir á Aniceto, viejo venerable con Andres.

que ya estamos en el tiempo

de hablar á este temerario

con claridad, con estuero,

paes persiste en la locura

de amar á tu hija. Te pierdo, á él *ap.*

te arraino, sino dices

que tu hija es infame.

Anic. Cielos *ap.*

ha de lograr el poder,

con un tiránico imperio,

que á la hija, y á su sangre

desnoare el padre!.. Primero...

Mas si lo manda el Marques!..

Qué rigor!.. Pero probemos.

Señor Marquesito, en quien á *Leand-*

tan ilustre sangre advierto,

¿es posible que un amor

mal ordeñado, é indiscreto,

os abandone y arrastre

á cometer tantos yerros?

Es posible que querais

á mi hija, y á mi exponernos

al borde del precipicio,

sin dar causa para ello?

Y este es amor: No, Señor:

Es un teson, un empeño

temerario, que la ruina

de lo amado, busca ciego.

Va bien, Señor: *al Marques ap.*

Marq. Sí: mas dí

que es tu hija...

Anic. Ya lo entiendo.

Uniros, Señor, á mi hija?

A mi hija, que es... no encuentro *ap.*

las voces! Es...

Lean. Qué es vuestra hija?

Con tono firme.

And. Es... modelo

de modestia, y de virtud,

el Marques manifiesta su furor con las acciones al oír estas voces.

y honor de todo su sexo,

Esto, no le gustará, *ap.*

pero por Dios, que es lo cierto.

Mas vuestra ilustre nobleza,

querer se mezclara á un resto

de la miseria!... A mi pobre,

é infelice casa, siendo...

¿Que es mi casa? May honrada.

¿Y mis pasados? Guerreros,

que por su Rey y su Patria

toda su sangre vertieron

en el campo del honor.

Tampoco le gusta esto. *ap.*

Mas con todo: no Señor:

yo jamás consentir debo,

que mi hija contrayga un lazo

tan desigual. ¿Qué derecho

tener puede nunca al hijo

del Marques del Roble, siendo

ese conocido en todo

el mundo, por sus excelsos

timbres, sus altos blasones,

y mucho mas por su genio

feroz, y porque al que no

humilla á sus pies el cuello,

le levanta un testimonio,

y le pierde en el momento?

Estos versos sorprenden á todos de gozo.

El Marques tiembla de ira, enviste á

Aniceto, se interpone D. Plácido y Lean-

dro se lleva á su lado.

¿No va bien, Señor: ¿No es esta

la verdad?

Marq. Infame viejo...

Plac. Qué bair á hacer?

Lean. A mi lado.

estais seguro, Aniceto.

Marq. Protege á un vil, á un indigno,

que

que de él vengarme prometo.

Plac. Tan atrevidas y locas

proposiciones, entiendo

que os costarian muy caras,

pronunciadas aquí dentro,

si mi obligacion hiciera;

Pero miro otros repetos,

Mirando á Leandro.

Don Leandro, á vuestra prision,

y Usia váyase luego

á desahogar á otra parte

sus furores indiscretos.

Leand. Antes permitid, Señor,

que os bese la mano.

Marq. Objeto

de mis iras, huye, aparta,

que ya ni aun mirarte quiero.

Leand. Pues yo tributaré en esta

todo mi filial repeto.

Se inca de rodillas delante de Aniceto, le

toma y besa la mano: áquel tiembla: el

Marqués muestra una ferocidad incompa-

rabable: todos se admiran viendo la acción

de Leandro: éste se levanta, y haciendo

á todos profunda reverencia, se entra en la

prision, y el centinela cierra la puerta.

Anic. Ah, generosa virtud!

En mí no estoy!

Llorando viendo á Leandro á sus pies. Lue-

go que este se levanta se dexa caer sobre

una silla confundido.

Marc. De este infierno *ap.*

salgamos pronto!... Yo me ardo!

Me quejaré al Rey de vuestro

mal modo: y no, no dudeis

que me vengará.

Plac. Lo creo: *con ironia,*

pero debéis advertir,

que nuestro Rey es tan recto,

que al que le engaña una vez,

nunca, nunca vuelve á creerlo.

Marq. Con que yo he engañado...

Plac. Así

me parece.

Marq. De ese nuevo

insulto, habré de valerme

para vengarme? Qué es eso?

A Aniceto: el qual viendole en acción de

salir de la scena, se incorpora para

seguirle.

No me sigas, Yo á tu hija

sabré buscar, si; y ofrezco

que tu y ella sereis.... Ya

á dos asesinos tengo

preparados para el caso,

pues mi buen criado Anselmo

por dicha mia encontró

á Faustina, y á Valerio:

en este Quartel entraron,

y después con el Sargento,

los vió salir, y llevarlos

á otra casa no muy lejos

de aquí, ni de mi posada.

Dios os guarde, Caballeros.

Vase con Andres precipitadamente. Ani-

ceto vuelve á quedar consternado en

la silla.

Plac. Has visto, Conde, otro noble

mas loco?

Cond. Pero debemos

reirnos de sus locuras.

Ve á Doña Rosa á la puerta de enmedio.

Entra hermana, ya no hay riesgo

de que te vean:

Plac. Señora,

perdonádmeme si os he hecho

esperar. Un impensado

arribo...

Ros. Yo estuve haciendo

compañia á vuestras primas

con todo gusto. Se oyeron

voces, y ellas me obligaron

á salir. Más el que advierto

allí abatido y llorando

¿es Padre del que está preso?

Cond. El Padre de Don Leandro

no hora, no: al universo

maldice, y quisiera verle

á su voluntad sujeto.

Aquel es el infeliz

Padre de Faustina.

Ros. Ah, Cielos!

Es el Padre de Faustina!

Pues demosle algun consuelo.

Hega y le levanta.

Buen anciano, levantad.

Anic.

Anic. Ah Señora! Mis tormentos, son inexplicables! Son crueles, y en tanto extremo me oprime, que es imposible pueda sujetar el freno de la razón, los transportes furibundos, y violentos que á mi corazón destrozan!

Hija amada!

Ros. Ya no puedo al Conde ap. disimular mi terneza.

Voi á decirle que tengo en mi poder á Faustina.

Cond. Calla por Dios, que no es tiempo.

Ros. Si la compasión me inflama.

Cond. Yo lo dispondré. Buen viejo venid conmigo.

Anic. Señor, me haceis mucho honor en esos mas reflexionada que yo debo emplear este tiempo...

Cond. No le perdereis: venid.

Plac. Yo os lo aseguro, Aniceto.

Cond. Estamos enternecidos de vuestros quebrantos. Ellos nuestra compasión merecen; y al mismo tiempo seremos los protectores de vuestra preciosa Faustina.

Anic. Cielos, permitid que sea así!

Y á quién tal piedad merezco?

Ros. Todo lo sabreis: seguidnos.

Anic. De rodillas. Dios inmenso bendecid estas piadosas intenciones.

Cond. Yo os ofrezco que la virtud perseguida alcance un triunfo completo.

Anic. Si eso consigo, la muerte con rostro tranquilo espero.

Cond. Vamos. Creed que execuciones serán mis prometimientos; y la maldad, y virtud, tendrán su castigo, y premio.

ACTO SEGUNDO.

Sale Andrés por la puerta principal.

And. Cumplió por fin el Señor Don Plácido su promesa. Me presenté muy erguido al cuerpo de guardia: llega el Sargento, me pregunta con su cara verdi-negra: Paisano, ¿quién es Vmd? A quién busca? Con aquella circunspeccion magistral

con que pretende un bavieca representar lo que no es, le respondí, que yo era Andres. Al Señor Andres, están abiertas las puertas de este Quartel, respondió. Entre Vmd. en hora buena. Yo entonces pasé muy grave, y me hizo una reverencia: ¡Quánto engordan á los hombres como yo estas apariencias! Reviento de vanidad! mas Don Plácido aquí llega.

Plac. Oh, querido Andrés. **Andres.** Criado de su merced. Yo quisiera á mi Señorito dar una noticia muy cierta.

Plac. Ahora descansa. No importa que yo primero la sepa.

And. Es verdad. Pues es el caso, que habrá poco mas de media hora, que me hallaba yo ocupado en la limpieza de un vestido de mi amo. De improviso se presentan á mi dos hombres, preguntan por el Marqués: está fuera, les respondí: Pues debemos esperarle aquí, y se sientan. Todas sus trazas, Señor, de perdona vidas eran. Por el colmillo escupian: hasta los ojos: y á un lado

caía

caia toda su fuerza,
 Sus capotes Xerezanos,
 y patillas de una terciá;
 á lo Gitano sus moños,
 y jandaluza su lengua,
 Sacaron ambos sus pipas,
 y me pidieron candela,
 Se la trage; y yo creí
 que en cada palabra suelta
 llevaban presa la muerte,
 para darsela al que quieran.
 Vino malámo al fin: Amigos!
 les dijo, sin la fiereza
 que acostumbra; los asió
 de las manos y los entra
 al Gavinete. Yo entonces
 lleno de muchas sospechas,
 de puntillas me llegué
 á ver si desde la puerta
 (que estaba cerrada) oía
 una palabra siquiera,
 y lo conseguí: pues dixo
 uno de ellos: ya está hecha
 la averiguacion de hámolo
 de la caza en que zeozpeda
 la tal Faustina, Zeñor,
 Uzia llegará á verla,
 como le hemoz ofrezio,
 y Ambrozio que dió con ella,
 ez un buen mozo, Zeñor.
 Será igual la recompensa
 al servizio; respondió
 mi amo; y sin mas espera,
 corriendo vine á traer
 una noticia como esta
 á mi pobre Señorito,
 porque creo, que util sea,
 Me marchó: Señor, cuidado
 con estos hombres.

Plac. Qué piensas
 tu de ellos?

And. Que son Espias,
 ó asesinos. Mas, qué perra
 memoria tengo! No es cosa
 lo mejor que decir resta.

Plac. Y qué es!

And. Mi amo fue á Palacio;
 parece que á la presencia

llegó del Señor Ministro;
 y este con toda aspereza
 le dijo: quien ha engañado
 al Rey y á mi, no se atreba
 á verme jamas. Despues,
 se le mandó por estrecha
 órden, que viesse á un Señor
 Conde de... de... qué impaciencia!
 de... Del Cerro: le dixera
 su pretension, y cumpliera
 todo lo que le mandase.
 Pues la autoridad suprema
 cedía el Principe en él,
 para la conclusion de esta
 causa. Buseó al Señor Conde;
 no le halló, y echo una fiera
 volvió á la posada,

Plac. Bien:

Esa noticia me hena
 de satisfacion; Andres.

And. Y mi alegría es inmensa
 por haberla dado, y ser
 tan util. En diligencia
 vuelvo á la posada. Siempre
 que algo ocurra, y que yo entienda
 que importa á mi señorito,
 vendré como alma que llevan
 los Diablos, á noticiarlo.
 Mandad, Señor, con imperio
 en mi vendida obediencia.

Plac. El Conde está autorizado
 por el Rey, para que entienda
 en la causa de Leandro?
 Pues quien dudará proceda
 en favor suyo! Oh, mi amigo!
 A qué feliz tiempo llegas!

Sale el Conde.

Cond. ¿Cómo nuestro preso está?

Plac. Le ha causado amarga pena
 que Faustina no esté aquí;
 pero le he dicho, que crea,
 que la casa en donde se halla
 dá margen, para que pueda
 esperar que sus deseos
 acreditados se vean;
 y ahora lo aseguro mas;
 porque sé que el Rey ordena

que

que tu acabes esta causa.

Cond. Eso es verdad ; pero piensa, que yo no debo aprobar una union tan poco cuerda. Conozco que él es un joven amable : tiene belleza y virtudes excelentes, Faustina : su Padre, muestra el caracter mas honrado: y fué calumnia perversa la del Marqués á los dos. Y en medio de todas estas circunstancias, yo no puedo aconsejar, que es bien hecha esta union. La contradicen, la rebocan y repruevan nuestras sabias Leyes. Es notable la diferencia de las dos cosas. Yo quiero que todos felices sean, mas no que esta union se haga, Qué ; mi discurso no apruebas?

Plac. Cómo? Reconozco bien de tus prudentes ideas todo el fondo ; pero Leandro, que las desapruve es fuerza: y como soy tan su amigo....

Cond. Yo le hablaré: tal vez tengan poder mis recomenciones, para que su pasion venza. Conducele aqui al instante.

Plac. Te obedezco.

Entra por la puerta de la prision.

Cond. Mis austéras y fuertes palabras, creo me concilien una eterna enemistad con Leandro; mas la orden del Rey es esta; y mi obligacion exige que en nada prescindá de ella. Si acaso vuestro descanso

A Leandro, que sale con Placido.

interrumpo, espero sea esta falta perdonada por vos.

Leand. El que considera que su descanso y quietud,

dependen, Señor, de vuestra voluntad, solo emplearse en vuestro obsequio desca, y los elogios que os debo mi agradecimiento aumentan; Ya sabeis que mi Faustina no me iguala en la nobleza; pero es tanta su virtud, que admira al que la contempla.

Cond. Pero la habeis engañado; y aun procedeis de manera, que á vos mismo os engañais. A qué extremo de indigencia os veriais reducido como os unieseis á ella? ¿Y si llega el caso adverso de que su hermosura pierda, porque la hambre y la desdicha no-dieron jamás belleza, ¿á quién amaréis entonces? Esta ¿no será una fiera tortura, que os despedace el corazon?

Leand. Ah, qué ideas, Señor, tan horribles, para almas deviles, son esas! En ese estado, ¿Faustina, pensais acaso que pierda la resplandeciente antorcha de la virtud, que hay en ella? Al contrario: mas preciosa brillará: como la piedra que el cincel pule: sufriendo mas golpes, mas luces muestra. La hermosura corporal, se acaba apenas comienza. La rosa al alba, qué hermosa! Y al medio dia está seca: Pero las preciosidades de las virtudes, se obstentan brillantes siempre, Señor; en el alma. Estas, estas que tanto en Faustina brillan, forman toda su belleza, estas sigo, estas me arrastran y no temo, no, perderlas.

Plac. Cómo es facil convencer al que de este modo piensa?

ap.

Cond.

Cond. Pues Señor, como os caseis, vuestro Padre os deshereda.

Lean. ¿Y quién discurris será, mas dichoso, con riquezas mi Padre, ó yo con Faustina infeliz? La Providencia, que cuida de las hormigas, las abriga y alimenta, ¿cómo es posible que falte á su semejanza mesma?

Cond. Pues ya que esta no os convence, una noticia funesta, creo lo logre.

Lean. ¿Y cuál es?

Cond. El Rey con gusto no lleva esta union, si pretendéis sin embargo de esto, hacerla, os degrada del empleo.

Leand. Rendida está mi obediencia. Me uniré á Faustina, y luego yo haré que la real clemencia, deponga el enojo.

Cond. ¿Cómo?

Lean. ¿Cómo? El campo de la guerra está abierto. Con prodigios de valor se manifiesta la desesperacion. Yo, que sabré pelear con ella, los haré, sí, los haré; y quando todos lo sepa nuestro amable Soberano: quando claramente entienda, que he dado honor á sus armas, y gloria con mi defensa á la Patria; quando al pie de su trono toque, y vea mis honradas cicatrices, y que riego con mis tiernas lágrimas, sus reales plantas, besando humilde la tierra que ellas pisan, no es preciso, que su paternal corazón, y que me diga: »Alza, hereda, no los bienes de tu Padre, sí, mi Real benevolencia. Vive feliz con tu Esposa, que ya perdonado quedas?

Lo patetico de este discurso conmueve á Conde, y á Don Placido: se miran, y hacen un extremo, que declare la ternera que les causa.

Cond. Sí lo hará: y el que lo dude no conoce su clemencia.

Y para justificarla escuchadme atento. En fuerza de mi informe, el Rey me manda deciros quedaréis cerca de su Real persona sin que os quejéis de que escasea para vos sus beneficios: que desde luego, y en vuestras de las honras que os hará, á Coronel os eleva, y á su Gentil-hombre; y no os manda, sino que os ruega abandoneis á Faustina: la que hará que se establezca dichosamente. Yo solo espero vuestra respuesta.

Lean. Oh, Dios!... Qué he escuchado! El Mi Rey amado me ruega!... (Rey, Y faltará á obedecerle! Mas cómo es facil que pueda dexar de ser de Faustina! Ah, qué cosas tan opuestas! Pero hay medio poderoso, hay arbitrio, que no dexa escrupulo al cumplimiento de mi amor y mi obediencia.

Como fuera de sí, como un Amigo infiel, protector cruel, ya de mí se vengán vuestras astucias... Yo inuero. A si cumplo lo que ordena mi Soberano, y Faustina, quando mi cadáver vea, dirá que solo la muerte me pudo separar de ella.

Corre á su prision, los dos le detienen, y conducen al medio de la scena.

Plac. Detente, amigo.

Cond. Esperad... con ternera.

Don Leandro... Vuestras quejas.....

Lean. Son injustas: lo conozco.

Perdonadme las ofensas

que

que á los dos hice. Un transporte
de horror, hizo que... mi lengua.....
Pero qué mortal congoja
eluso me quita de ella!...

Plac. Vamos á mi cuarto, amigo.

Lean. Vamos á donde tu quieras.

Mas dónde no esté Faustina,
allí la muerte me espera.

Le lleva Placido.

Cond. Qué extremo de amor tan noble
por lo amado! Si pudiera...
Por este joven se debe
hacer quanto hacerse pueda:
Nuestros Reyes son benignos:
y es tan grande la clemencia
del Ministro... En fin, veremos.

Sale el Sargento. Y mi Capitan?

Cond. Ya llega.

Sale D. Placido.

Sarg. El Marqués del Roble, para
entrar, aguarda licencia.

Plac. Que entre.

Vase el Sarg.

Cond. Cómo está Don Leandro?

Con interés.

Plac. Algo sosegado queda
con mis primas. Mas qué sientes
de su pasion?

Cond. No hay quien pueda
vencerlo.

*Sale el Marqués, se quita el sombrero, y
hace á los dos una contesia como
forzada.*

Marq. Besos las manos.
Sujetarme á esta baxeza
por un mal hijo... Me han dicho,
Señor Capitan, que en vuestra
casa encontraria al Conde
del Cerro.

Plac. A vuestra presencia
le tenéis.

Marq. Quién? El Señor?

Cond. Servidor vuestro.

Marq. Si hubiera
antes tenido el honor
de conóceros... aquella
pregunta que os hice,

Cond. Lo entiendo. De esas frioleras
jamás, Señor, hice caso.

Marq. Mandó el Ministro que os viera:

en vuestra casa os busqué,
y me dixeron que en esta
os hallaria.

Cond. Y en qué
os puedo servir?

Marq. Pudiera
deciros que en mucho; mas
quando está tan manifesta
mi justicia, no me valgo
sino del auxilio de ella.

Cond. Pero nos falta saber
si está ó no, de parte vuestra.

Marq. En afirmandolo yo,
no es necesario mas prueba.

Cond. Pues porque vos lo digais
no es fácil que yo lo crea.

Marq. Por qué?

Cond. Porque la justicia
de otro modo se gobierna.

Marq. Este tal Conde del Cerro
oreo no hará cosa buena.
Ya sé que tiene á Faustina
en su poder. Si no acepta
mi pretension, yo seré
bien vengado de él, y de ella.

Cond. Al caso, Señor. El Rey
(que Dios guarde) quiere sea
yo, el que en vuestras pretensiones
contra vuestro hijo; entienda,
que os diga y que determine
lo que á la razon convenga.
En esta virtud, decid
áquello que se os ofrezca.

Marq. Yo no sé porque el Ministro
á escucharme ahora se niega,
habiendo siempre tenido
tan fina correspondencia
con mi casa.

Cond. Despues que oiga
las solicitudes vuestras,
os diré en lo que el Ministro
funda contra vos su queja.

Marq. En primer lugar pretendo
que mi hijo encerrado sea
con mas rigor; que arrastrando
traiga siempre la cadena
que castigue su delito,
y la acuerde su vileza.

He reparado que aquel á quien tanto se encomienda su custodia, me ha faltado al respeto, y á la atenta veneracion que merezco: y es solo porque profesa con mi hijo amistad. Yo quiero que en otro Quartel se tenga, con custodia mas segura.

Y en el punto que parezca la infame Faustina (que discurre que hoy mismo sea) se destine á vil encierro por muchos años. Con estas cosas que me concedais, tan justas, como pequeñas, siempre encontrareis en mí una amistad verdadera.

Cond. Poca recomendacion me pudieran dar con ella. Jamás quise para amigo al que las voces desprecia de la humanidad, y sabe calumniar á la inocencia.

Plac. Bravisimo!

Marq. Qué decis?

Sabeis que....

Cond. Sabeis que ordena el Rey, que yo sea el Juez vuestro en este asunto? Si esta autoridad no os contiene, tomaré otra providencia.

Marq. Pero á mí. El furor me abrasa!

Cond. A vos toca mi respuesta escuchar, como escuché las solicitudes vuestras.

Que á vuestro hijo se sujete con rigor, es la primera.

Señor Don Plácido, el Rey por mi palabra os ordena, que á Don Leandro mitigueis de su prision la aspereza: que permitais se pasee por todo el recinto de esta casa.

Marq. Cómo? Es este el modo....

Cond. Que calleis os mando, mientras mis ordenes doy. Al Rey á D. Plac.

hasta solo que os prometa con solemne juramento guardar su carcel.

Marq. Qué afrentas

paso, y qué furoros sufro, por un mal hijo!

Cond. Si intenta

hablar el Señor Marqués á su hijo, y le dais licencia, si á la moderacion falta, os mando que se le prenda, y me pasareis aviso para que yo le dé cuenta á su Magestad..

Plac. De todo

quedo enterado, y quisiera que vieseis con la eficacia que lo cumple mi obediencia.

Cond. Por lo que toca á Faustina,

por su protector se muestra nuestro amable Soberano. ¿Intentareis ofenderla?

Marq. Me abraso! Yo haré...

Cond. Qué hareis?

Aband esa soborvia.

Y ahora escuchad el motivo

que al sabio Ministro empeña

á despreciaros. Le consta

que un impostor sois.

Marq. Con Esas

expresiones se me trata!

Cond. Os contemplo digno de ellas.

Esta Representacion,

la saca y enseña.

¿no es toda de vuestra letra?

Marq. Mia es; yo la escribí

al Ministro; pero en ella

¿le faltó al respeto?

Cond. No:

á la verdad faltais; y esta

es una culpa, acreedora

á su indignacion severa.

Oid:

Lee. Excelentissimo Señor: Muy Señor mio:

Engañado, y seducido mi hijo por una muger vil por sus deprabadas, y deshonestas costumbres, y por su infame nacimiento, intenta casarse con ella.

Bas-

Basta. No es menester mas.
 Infamar á una doncella
 honrada como Fasutina,
 es la mas grande vileza.
 ¿Y es de infame nacimiento?
 Qué falsedad! La nobleza
 solo la falta, y es digna
 de que el Rey se la conceda,
 porque ha tenido ascendientes,
 cuya memoria hará eterna
 la fama por su valor,
 y servicios en la guerra.
 Su Padre es un hombre honrado,
 la verdad brilla en su lengua;
 y no, no es capaz de hacer
 una calumnia como esta,
señalando el papel que tendrá en la mano.
 ni de engañar al Ministro
 como lo habeis hecho. *Sea á Plac.*
 el preso juramentado,
 y pronta libertad tenga.
 Guardaos Dios. Bien castigada *ap.*
 su altivez tan vana queda. *Vase.*
Plac. Qué fuego arrojan sus ojos! *ap.*
Marq. Vete; pero en vano esperas *ap.*
 hacerme perder el fruto
 de mis horribles ideas.
 Ya mis dos espías... Mas
 luego se verá. *Quisiera á D. Plac.*
 hablar otra vez al preso.
Plac. En no habiendo orden expresa
 del Ministro para ello,
 no es posible lo consienta.
 Rabia, desespérate *ap.*
 y humilla tanta soberbia. *Vase.*
Marq. Ya que todos me obligais
 á que mis furias exerzan
 sus vengativos estragos,
 Faustina, Faustina muera.
 Rompa yo su corazon,
 destroce su pecho, viertan
 mis manos su sangre, y
 venga despues lo que quiera. *Vase.*
Sale D. Plac. No, no puede sufrir mas
 mi corazon la presencia
 de mi desdichado amigo!
 Con qué aficcion se lamenta
 de su desgraciado amor!

Sale el Sargento.

¿Qué se ofrece?

Sarg. Daros esta
 carta, que traxo Valerio:
 el que llevé con aquella
 Señora en casa del Conde
 del Cerro.

Plac. Ya entiendo.

Sarg. Apenas
 supo que el Marques del Roble
 estaba aquí, con sorpresa
 notable, puso la carta
 en mi mano, que os la diera
 me encargó, y que os advirtiese,
 que desde la misma puerta
 de la casa donde está,
 le siguieron con cautela
 dos hombres, al parecer
 Andaluces, y sospecha
 que fuesen...

Plac. Sí, del Marques
 del Roble, espías secretas.

Sarg. Sí, Señor.

Plac. Id, y observad
 si en nuestra calle se encuentran,
 y avisadme al punto.

Sarg. Bien. *Vase.*

Plac. Veamos la Carta. La letra
 del sobre, de muger es. *La abra.*
 Però otra hay dentro, y abierta.

Lee el sobre.

Para el Señor D. Leandro.

Será de Faustina: en ella

le dará consuelos. Dice

la mia de esta manera.

Señor D. Plácido: Espero merecer de
 vuestro favor permitais que mi querida
 Faustina se despida del Sr. D. Leandro.
 Yo la acompañaré, y desde ahí marchará
 á su destino con su buen Padre, y Va-
 lerio. Su firme resolucion, y mis prontas
 providencias, aseguran un éxito feliz y
 constante. Tened prevenido con vuestras
 prudentes reflexiones á ese tierno amante,
 para que reciba este golpe tremendo con
 la posible fortaleza. Si lo teneis por con-
 veniente dadle la adjunta, en la que esta
 preciosa joven le participa su determi-
 na-

nacion, y mandad á vuestra atenta ser-
vidora.— Doña Rosa de Guzman.

Válgame Dios! Qué noticia,
qué resolucion tremenda
puede esta ser que con tantas
prevenciones se presenta!
Mas pues Faustina la dice,
qué aguardo? Voy á saberla.

Abre la otra carta, lee para si haciendo
los mayores extremos de admiracion, y
sentimiento, y despues dice:

No sé que me pasa! Todo
cubierto de una sorpresa
mortal me observo! Oh, mi amigó!
Qué fatal golpe te espera!
Mas preciso es que aproveche
los momentos... Aquí llega.
Y qué afligido! Podré

darle noticia como esta. *Sale Leand.*
Leandro, amigo, cómo estás?

Leand. Cómo he de estar? Se presentan
tan trágicas, y funestas
para mi amada Faustina...

Ah, mi amigo!

Plac. No, no creas
esos disparates. Pronto
vendrá á verte.

Leand. Ella? *con suma inquietud.*

Plac. Ella,
sí.

Leand. Faustina vendrá á verme?

Plac. En esta Carta lo expresa.

Leand. Qué miro! Ay Dios! Reconozco
que es de su mano esa letra.

Oh, adorados caractéres!
Dámela.

Plac. No con tal priesa
á un sentimiento de gozo,
otro anticipes de pena.

Leand. Otro de pena? ¿Qué dices?

¿Qué me anuncias? ¿Me desprecia?

Plac. Nunca mas te amó, que ahora;
pero ahora es quando te dexa.

Leand. Me ama mas que nunca; pero
me dexa también!... Qué opuestas,
qué horribles, y qué crueles
contradicciones son esas!

No eres mi amigo, ó me engañas,
sino permites que lea
ese papel. Dámela,
dámela antes que fallezca.

Se le dá, y le besa.

Plac. Toma: soy tu amigo.

Leand. Qué *le abre temblando.*
me dirá en él!

Plac. Como tiembla!

Leandro lee. *Leandro: si hasta aquí
creiste que te amé, como me has amado,
debes creer que hoy te amo mas, que á mí
misma; pero reconozco, aunque tarde,
que nuestra union te haria infeliz; y yo
te amaria poco si lo permitiese. No, Lean-
dro amado: recayga el castigo sobre mí
sola, para que tú seas dichoso. Voy á sa-
crificar por tí mi libertad para siempre en
un Convento fuera de esta Corte, donde
están dos primas del Sr. Conde del Cer-
ro. Iré á despedirme de tí, y espero ha-
llarte de modo, que tu rostro me declare,
que apruebas la resolucion de la desgra-
ciada Faustina.*

Qué es lo que he leído, Cielos!
Puede ser verdad!

Plac. No tengas
duda. Faustina...

Leand. No, amigo,
no la nombres. Cruel! Intentas
abandonarme! No has visto
hasta el extremo que llega
mi tierno, y constante amor!
¿Así pagas, así premias
los tormentos que me causas,
y fatigas que me cuestas?
Infiel!... ¡Oh, Dios! Pero to do
es engaño, es apariencia:
no puede ser, no. Faustina,
aquella alma noble, aquella
incomparable virtud,
proceder de esta manera!
Es falso, sí. Ella ha escrito
este papel: es la letra
de su mano: mas quien duda,
que seducida, violenta,
ó engañada lo habrá hecho?
Pero es mia, y yo soy de ella.

Plac.

Plac. Bien está, Leandro; pero sosígate. Presto el verla conseguirás, y ella misma te explicará lo que sienta.

Lea. Ah, Plácido! No por Dios, no permitas que la vea.

Plac. Me es imposible impedirlo, Leandro, porque ya llega.

Lea. Infeliz de mí!

Se dexa caer sobre una silla con total desaliento. Sostiene su mejilla sobre la mano derecha: salen por la puerta del frente Doña Rosa, Faustina, Aniceto, y Valerio. Inmediatos á la puerta dicen los primeros versos Aniceto y Faustina. Introduce esta en la Escena, y viendo á Leandro se consterna de dolor.

Anic. Hija mia en esta tan ardua empresa, haz que tu mucha constancia y valor no se envilezcan.

Vence esa pasion, y así sabrás triunfar de ti mesma.

Faust. Sí, Padre mio: sabré sino extinguirla, vencerla.

No temais, no, que vuestra hija no acredite su promesa.

Entran en la Escena.

Mas que veo! Oh, Dios! Inmovil, pálido el rostro, en la tierra clavados aquellos ojos que antes mis encantos eran...

Justos Cielos! ahora, ahora debeis darme fortaleza.

Leandro levanta la cabeza para verla, y con total desaliento dice:

Lea. Faustina! Ah! Me abandonas, y á ver mi muerte te acercas!

Faust. ¿Yo abandonaros, Señor? Jamás con mayor ternera os amé.

Lea. ¿Qué oigo? ¿Tú me amas, se levanta con un impetu de gozo; Idolo mio? Con esa

declaracion, nuevo ser me das, de nuevo me alientas.

Faust. Yo os amo, Señor; mas veo que nuestra pasion detestan

las leyes, la razon, vuestro Padre, el mio, la prudencia, y nuestro amable Monarca, sobre todo. Yo resuelta estaba á sufrir con vos las desgracias, las miserias, las cárceles, las prisiones mas crueles, y sangrientas. Mas meditando, creyendo vuestra suerte tan adversa, si os unieseis á mí, viendo que perdiais la opulencia de vuestra casa, los timbres que habeis heredado de ella; que arrancaba de su tronco el feliz vástago, aquella única rama en que funda de su esplendor la existencia,

¿sería amaros, sería quereros con la fineza de mi pecho, si este lazo hiciese, si consintiera tanta ruina, tanto extrago, tanta injuria, y tanta ofensa? Ah! no Señor, no es capáz Faustina de cometerla.

Yo os amo, yo os amaré mientras aliente: mi lengua, mis labios, mi corazon con gusto, con complacencia lo repetirán constantes, siempre, sí. Para ser vuestra esposa, nació Faustina.

La suerte la es tan adversa que se lo impide. Mas no, no será de otro. Se encierra, en un claustro, se sepulta, y la libertad contenta pierde porque seais dichoso, aunque ella infelice sea.

Contemplo que os causará mi resolucion sorpresa cruel; espantosas ansias, mortales desmayos, fieras congojas; mas resistidlas con constancia: deponedlas con valor; al ver que yo al separarme del que era

mi único bien, mi consuelo,
y objeto de mis ternezas,
mi corazón despedazo
rasgo mi alma, y abro puerta
á mi pecho, porque salga
con mas prisa, mas violencia
mi último aliento, y la muerte
concluya todas mis penas.

Leand. ¿Y esa determinacion
me anuncias; para que sea
aprobada por mí?

Faust. En eso
consiste la dicha vuestra.

Leand. Pues bien está: yo la apruebo,
la confirmo, la celebra
mi alma: vete, no tardes,
quitate de mi preseñacia,
cruel. Esa libertad
que hoy vas á perder, espera
tenerla mañana: yo
te lo aseguro. No creas
que de tu encierro á mi entierro
pasen muchas horas. Esta
es mi resolucion, si
la tuya, infiel, es aquella.

Faus. Ay Dios!... Leandro.... La vida
como fuera de sí.
mas preciosa Si yo....

Leand. Dexa
sentimientos, depon ansias
por una vida, que llenas
de amarguras, mas atroces
que las de la muerte mesma.

Faust. Pero... si...

Anic. Hija, valor.

Faust. Y hay para esto resistencia!
No veis que es contra su vida,
su amenaza? Y yo pudiera
ser causa... Padre, Señora,
sostenedme! Estoy muy cerca
de que mi devilidad
mi amor, y piedad, me venzan.
Salgamos de aquí. *resuelta.*

Ros. Es preciso
que primero el coche venga.

Leand. Amada Faustina, tu
te enterneces? Pues bien, ceda
á los dulces movimientos

de tu amor, esa tremenda
resolucion. No te apartes
de mis ojos. Mira, observa, *de rod.*
y exâmina esta rendida

victima, que tienes puesta
á tus pies. Ella te pide
que reboques la sentencia
que has dado contra su vida,
ó que inmolada se vea

por la desesperacion
ante la imagen horrenda
de tu crueldad. Pero no:
tu sabrás mirar por ella:
sabrás inspirarte piedad
esta mano, que fiel besa

*A los pies de Aniceto besandole la ma-
no: él tiembla.*

mi filial respeto. Si:
mi Padre sois: lo confiesa
lo publica, y solicita
mi puro amor, y obediencia.
Si Señor, sí Padre mio:
templad la dura inclemencia
de Faustina, de vuestra hija,
de mi esposa: su promesa,
sus solemnes juramentos,
haced que cumplidos sean.

Faust. Para ahora, Padre mio, *á él ap.*
se hizo vuestra resistencia.

Anic. Señor, mis ojos os dicen
el dolor que me atormenta.
No puede mi corazón
mirar lástimas como estas,
sin dexar de consolarlas,
ó en todo desvanecerlas.

Y qué mucho será lo haga
en esta ocasion, si en ella
Señor, me habeis dado el nombre
de Padre!... De Padre! Fuera
esto creible, á no oirlo!
Padre vuestro yo! La tierra
que pisais, debo besar
por honra tanta. Y pudiera
revestirme de crueldad
en medio de tal terneza!
Hija, si el Señor Don Leandro
te ama con tantas veras;
si en tu corazón sencillo,

halla igual correspondencia,
yo tan barbaro no soy,
tan inhumano, que pueda
oponerme...

Faus. No mas ; basta,
Padre mio. Vos dais pruebas
de que es sensible vuestra alma,
que es honrada, pura y bella.
Mi partido está tomado. *con terneza.*
Tú , que de mi pasion ciega
fuiste leal compañero,
tambien espero lo seas
de este mi arrepentimiento.
Siguemme.

*Le ase de la mano y marcha con él hacia
la puerta de la habitacion de D. Placido:
á todos pone en un movimiento de sorpre-
sa esta resolucion. Estando cerca de la
puerta sale el criado de D. Placido.*

Cria. El coche espera.
Faustina levanta los ojos y las manos al
Cielo con el mayor fervor. *Vuelve acelera-
damente á la Escena , y dice tiernamente.*

Faus. Señor D. Placido, os ruego
con mi llanto y mi terneza,
que por su vida mireis.
Viva Leandro , y yo muera!

A Rosa abrazandola.

Señora , y mi amparo , ¡á Dios!

A Dios... mi Leandro.

Vase con Valerio.

Lean. Espera. *Queriendo seguirla.*

Plac. Detente.

Ros. Gloriosa accion!

Plac. Qué virtud!

Anic. Seguirla es fuerza. *Vase llorand.*

Lean. Me la quitan , me la roban
y he de permitirlo! Deja
que la siga : no me impidas
el paso. Tu resistencia
supeditará mi furia.

Si : yo debo defenderla.

Plac. Al Rey juraste guardar
la prision ; la puerta avierta
la tienes ; si esto á tu honor
no ofende, vete por ella.

Lean. ¡Ah, ley del honor sagrada!
Y qué pesadas cadenas

pones al que le conoce,
al que le estima y profesa!
Perdona , querido amigo,
mi temeria imprudencia.

Infeliz de mí! Perdí
para siempre á aquella , á aquella
preciosa luz de mis ojos,
y de mi vida! Pero ella,
donde va , Señora? Ya
que mis enemigos venzan
y de mi pecho la arranquen,
su destino al menor sepa.

Ros. Sí , Don Leandro, le sabreis:
pero primero quisiera
modererais esa horrible
tempestad que os atormenta.

Lean. Lo haré , Señora. Decidme
dónde mi Faustina llevan

Rosa. A un Convento en Alcalá.

Es mi Tia la Abadesa;
y otras dos primas hermanas
tengo allí tambien. Apenas
llegó Faustina á entender
que desaprobaba vuestra
union el Rey , y observó
que su Padre con terneza
la rogaba al mismo tiempo,
que su infausto amor venciera,
en un momento medita
las fatales consecuencias
de este suspirado lazo,
y detérmina resuelta
el perder su libertad
porque disfruteis la vuestra.

En lagrimas anegada,
me pide , suplica y ruega,
la proporcione un asilo
en tan terrible tormenta.

El Convento la propongo:
se regocija, y ordena
su partida. Lleba cartas
para que admitida sea
y tratada , como si
cosa mia propia fuera.

Este es su destino , y este
el exceso de grandeza
de su alma generosa,
digno de memoria eterna.

D

Plac.

Plac. ¡Resolucion admirable!

¿Y en tí no habrá fortaleza para imitarla en vencerte?

Lean. Si la habrá: ella me enseñará.

Si pierde su libertad, por que yo dichoso sea

¿no haré inmortal el exceso con que la adoro? La puerta

manda abrir de la prision: que ella al vivo representa

el sepulcro, el Mauseolo, la Pira triste, y funesta

del amor mas desgraciado, y la pasion mas honesta.

¡Ay de mí infeliz!

Ros. Don Leandro...

Es posible que os merezca tan poco favor? Yo quiero

me acompañeis.

Lean. Mi obediencia

pronta está á servirlos.

Ros. Vamos,

que yo he de cuidar de vuestra amable vida.

Lean. ¡Ah, Faustina!

Caminando con Doña Rosa.

Vivir sin tí? No lo creas! *se entran.*

Plac. Leandro infeliz? Y qué yo,

en la situacion me vea

de no poder ayudarle

en todo lo que quisiera

mi amistad! Mas qué ruido

ácia aquella parte suena.

Salen precipitadamente, y con un sobresalto, que manifiesta su cansancio y sorpresa Andres, y Valerio. Se apoya cada uno en un lado del teatro, como para restablecerse de su fatiga. Don Placido los contempla con estraña admiracion.

Valer. Si el Quariel... está... dos pasos... mas allá... Yo no le viera.

And. Yo menos... pues... la fatiga...

hasta el... esteraon... me altera...

Plac. Valerio, Andres, pues qué es esto?

Los dos juntos? Que ocurrencia

lo ha dispuesto así? No fuiste á Val.

con Faustina?

Val. Quién lo niega?

Plac. Y tú, Andres?

And. Por mi desgracia...

tambien fui... Señor... con ella.

Plac. Con ella tu. Cómo? Hablad.

Qué ha pasado?

Val. Váya, empieza

tú.

And. Yo? Cómo? No ves que el sobrealiento aun no me dexa?

Plac. Valerio... Andres...

Val. Escuchad,

Señor, la horrible tragedia.

Con la infelice Faustina

sali de aquí. A la escalera

llegabamos, quando el pobre

Padre nos alcanza. Llega

á su hija, y dá un abrazo,

con la mas dulce terneza,

celebrando su constancia,

y accion heroica. A la puerta

llegamos, nos esperaba

el Coche, y en el nos entran.

And. Los Andaluces que os dige,

todo lo observaban cerca:

y mas arriba el Marqués

esperaba que le dieran

aviso, de quanto fuesen

notando. Yo á su derecha

estaba, y no permitió

que me apartase siquiera

un paso de su persona:

pues me dixo, que si media

vara de él me separaba,

con solo la friolera

de darme un pistoletazo,

haria le obedeciera.

Val. A la puerta de Alcalá

marchó el Coche.

And. Con presteza

al Marqués uno dió aviso,

otro seguia las ruedas,

y el Marqués, el Asesino

y yo, partimos tras de ellas.

Val. Por la puerta de Alcalá

salimos.

And. Nos vimos fuera

de Madrid todos á un tiempo.

Val. Serian las siete.

And. Y media.

Val. La Luna nos alumbraba.

And. Toma. Pues si estaba llena.

No anduvimos mucho, quando nos causó mortal sorpresa un pistoletazo, el qual hizo que cayese muerta...

Plac. Quién, Faustina? *agitado.*

And. No Señor.

Plac. Pues quién fué?

And. La mula negra:

con lo qual quedó parado el Coche. A su puertezuela llega el Marqués, la abre, ase á Faustina, tira de ella, echa mano al pobre viejo, y á los dos arroja en tierra,

Plac. Qué maldad!

Val. Mayor seria

si Dios no nos defendiera.

And. Mandó el Marqués se amarrasen

á los del coche con cuerdas: mas quando en esto se empleaban los Malsines, se oye cerca un gran ruido de caballos, y en pocos instantes llegan: porque el estruendo del tiro, lamentos, suspiros, quejas del Padre, y la hija, hicieron que á brida suelta corrieran.

Val. Y quién discurreis seria?

And. Nuestro Gran Rey. En aquella hora venia de caza.

Los Guardias de Corps nos cercan con espada en mano: al oir que el Rey está allí, se yelan el Marqués y sus dos guapos. Quieren huir, no los dexan;

los amarran fuertemente:

llora Faustina: lamenta su Padre, sale Valerio

gimiendo tambien: se apea nuestro amable Soberano,

y su comitiva: entre ella iba el Señor Conde del

Cerro: reconoce á aquella á su Padre, y al Marqués:

al Rey de todo le entera

y á los dos mandó corramos á daros de todo cuenta:

y á advertiros, que el Marqués hará de modo, que venga preso aquí: que le pongais una pesada cadena, seis pares de grillos gruesos, y en el zepo la cabeza.

Mas si el ruido no me engaña, ya me parece que llegan.

Salen varios Soldados delante con las armas al hombro, dirigidos por un Cabo, que traera la suya terciada. En medio conduce un Oficial (que deberia ser un Cadete de Reales Guardias de Corps) al Marqués, y detrás vendrán el Sargento y otros Soldados del mismo modo.

Ofic. Señor Capitan.

Plac. Señor.

Ofic. El Rey manda, que se tenga

al Marqués del Roble preso en este Quartel: que sea oprimido con los yerros mas pesados que haya: estrecha y obscura la prision, sin que comunicarse pueda con nadie, y que de él debeis responder. Tambien ordena su Magestad, que pongais en libertad, y le espera en Palacio luego, luego, á Don Leandro de la Vega.

Marq. Libre el hijo, y preso el padre! Pero lo merezco.

Plac. Queda de todo bien enterada,

Señor, mi pronta obediencia.

Ofic. Que á la carcel se conduzcan dos Asesinos, que quedan

abaxo, el Rey tambien manda.

Haced, que la tropa venga.

Plac. Ola, el Cabo y seis Soldados. Que bien amarrados sean.

Ofic. Cumplí el orden: Dios os guarde.

Plac. Besos la mano.

Marq. Ya, á vuestra orden, Señor Capitan, mi persona está sujeta.

Mi delito, así lo exige.
Y quando le hice? Quando ella
se iba á encerrar para siempre,
porque mi hijo feliz luera!
Mas ya se hizo: no hay remedio:
á gran mal, gran resistencia.

Plac. Sargento.

Sarg. Señor.

Plac. Sacad

la mas pesada cadena.

El Sargento llega á uno de los Soldados
que habrán quedado en la Escena: dexan
los dos los fusiles, y entran en la prision.

Vuestra suerte compadezco,

y mucho mas, que yo sea

el que haya de executar

las Reales providencias.

Marq. Cumplid vuestra obligacion,
y dexad mi suerte adversa.

Salen el Sargento, y el Soldado con una
gruesa cadena arrastrando.

Plac. Ponedla al Señor Marques.

Lo hacen.

Marq. Bien la merezco: ponedla.

Plac. Al pie.

Marq. En qualquiera parte
creo que podré con ella.

Plac. Que hasta en esta situacion
su genio feroz no pierda!

Sarg. Ya está.

Plac. Llevadle al encierro
obscuro.

Marq. Nada hay que tema.

Parte con espíritu á la prision: al primer
paso, se presentan á la puerta de la ha-
bitacion de D. Plácido Doña Rosa y Lean-
dro: este reconoce á su padre: corre á él
precipitadamente lleno de todo el senti-
miento que puede producir un espectáculo
tan inesperado, como melancólico para
el amor filial, y se arroja á sus pies.

Ros. El ruido... Mas quanta gente!

Lean. Todo, Señora, me altera. Saliendo.

Mas qué veo?... Padre amado,

qué es esto? De esta manera

os encuentro? Quien mandó se levant.

tan horrorosa...

Plac. Suspendan

tus labios, la formacion
de palabras poco cuerdas,
El Rey lo ha mandado.

Lean. El Rey... Sorprendido de respeto.

Plac. Quiso dar muerte...

Marq. Con esa

voz, á la verdad faltais.

Separar de la presencia

de mi hijo á Faustina para

siempre, quise. Y fue, quando ella

sacrificaba su misma

libertad: mas sin violencia.

Qué accion tan noble? Ella sola

es la que mas me atormenta

porque fué recompensada...

con qué? Con una vileza.

Lean. Ah, Padre!... Faustina es...

Mas vos así?

Plac. No se pierdan

los instantes! Conducidle.

El Sargento, y el Soldado llevan al Mar-

ques, Leandro corre, y se abraza con él.

Lean. Plácido, qué es lo que intentas?

Plac. Cumplir el mandato Real.

Ros. Que ahora mi hermano no venga? ap.

Lean. Padre amado!... Yo, Señor,

llevaré vuestra cadena.

Plac. Leandro, aparta. Entrad. El Rey

en su Palacio te espera

separando á Leandro del Marques.

luego, luego. Libre estás.

Tomá; ves: no te detengas:

ruegale que es tan piadoso...

Se quita el sombrero, y espada, se los dá,

y Leandro se lo pone apresurado.

Lean. Voy corriendo. A su clemencia

clamaré. Si, padre mio?

Vendré alegre.

Marq. Dios lo quiera.

A un mismo tiempo conducen al Marques

á la puerta de la prision. Leandro corre

á la principal, y sale por esta del mismo

modo Faustina: poco despues el Conde y

Aniceto. Leandro y Faustina se encuen-

tran, y quedan sumamente sor-

prendidos.

Faust. Perdon, perdon... Mas qué miro?

Lean. Cielos, qué veo? No es ella?

Temblando de gozo, mirándose tiernamente, y sin poder formar las voces.

Faust. Leandro...

Lea. Faustina mia...

Ros. Ah, que agradable sorpresa!

Lea. Yo... Vuelvo... á verte!

Faust. Sí, pero...

me ves... como no pudieras...

imaginar nunca.

Lea. ¿Cómo?

Faust. En tus brazos.

Lea. Dulce prenda

de mi alma.

Faust. Soy tu esposa:

Cond. El Rey lo quiere.

Marq. Mi afrenta

ap. con furia.

es lo que se quiere en eso!

Lea. Mira á mi padre:

Con ternura manifestando el sentimiento

que le causa su situación.

Faust. Celebra

te repita, que el perdón

está logrado.

Cond. La excelsa

piEDAD de nuestro Monarca;

D. Plácido, quiere sea

el Marques del Roble puesto

en libertad.

Faust. La cadena

corre, y derrodillas le quita la cadena:

que arrastrais, Señor, yo misma

rendida á las plantas vuestras

os quitaré.

Marq. De lo estimo.

Con sequedad.

Cond. A Faustina debeis esta

gracia, Señor. Enterado

el Soberano de vuestra

accion temeraria, ayrado

con justa causa, decreta

que aquí os encierren, y ofrece

imponeros justa pena.

Faust. Entonces, con un impulso

de la mas dulce terneza,

de la mano asi á mi padre;

las rodillas en la tierra

pusimos: los Reales pies

besamos veces diversas,

y con lágrimas bañamos.

Le referí en medio de ellas

mis sucesos amorosos,

y enternecida vi á aquella

alma grande al escucharlos.

Pero oyendo mi postrera

determinacion: notando

la heroicidad que hay en ella,

de perder mi libertad

para siempre en una estrecha

clausura, porque mi amante

dicha, y libertad tuviera;

y enterado de la cruel

perseguidora fiera

con que se pensó quitarme

la vida y honor; consuela

mis ansias: á levantarnos

vuelve: dexar satisfecha

su Real Justicia asegura.

Yo clamo: mi padre ruega:

llora: gime: que la vida

del Marques nos interesa

mas que todo, le exponemos

con suspiros y ternezas:

contribuye el Señor Conde

con sus súplicas: se templa

el Real enojo: se inflama

de compasion, y clemencia:

aquel magnánimo pecho;

y en fin, con palabras llenas

de inimitable bondad,

mi union con Leandro aprueba,

al Marques da libertad,

y á mí me mandó que fuera

conductor de tan fausta

feliz noticia como esta.

Cond. Qué decís, Señor Marques?

Marq. Que á mi alma la penetran

los sentimientos que saben

causar la munificencia,

y la bondad admirable

del gran Rey que nos gobierna.

Que Faustina ha procedido

con acciones, que me llenan

de rubor, considerando

mi ingrata correspondencia.

Que se case con mi hijo;

mas sin mi condescendencia.

Los timbres de mis pasados

no es justo que yo envilezca,
asintiendo á un matrimonio
tan desigual.

Cond. La Condesa

del Real Encuentro, que es gracia
con que el Soberano premia
á Faustina, concediendo
privilegio de nobleza
antigua á su padre, creo
es digna de que por vuestra
hija la admitais, Señor.

Marq. Cómo? Faustina es Condesa?

Cond. Del Real Encuentro. El del Rey
la dió el título.

Marq. Pues llega,

llega, hija mía, á mis brazos.
Aniceto, corre, estrecha
los tuyos entre los míos.
Ven, hijo: la orden observa
de nuestro Rey: dá la mano
á Faustina, que ya es ella
igual tuya: Señor Conde,

D. Plácido, Dama bella,
tenedme por vuestro esclavo.

Leand. Plácido mio, celebra
con tus brazos, mi fortuna.

Plac. No la miro como agena,
sino como propia, Leandro,
pues como tal me interesa.

Cond. Vamos todos á mi casa,
porque yo, y mi hermana, es fuerza
que seamos los padrinos
de esta union tan dulce y tierna.

Los bárbaros asesinos
despues tendrán la sentencia
en todo correspondiente
á su delito.

Faust. Y con esta

tan dichosa conclusion,
rogamos á la clemencia
de nuestro sabio auditorio
perdone de la Condesa
del Real Encuentro los yerros...

Todos. Y que un aplauso merezca.

F I N.

En la Librería de Cerro, calle de Zedaceros, y en su puesto,
calle de Alcalá, se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas,
á 2 reales sueltas, en Tomos encuadernados en pasta á 20 reales
cada uno, en pergamino á 16 reales, en rústica á 15 reales, y
por docenas con mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS SIGUIENTES.

- Las Víctimas del Amor.
 Federico II. tres partes.
 Las tres partes de Carlos XII.
 La Jacoba.
 El Pueblo feliz.
 La Hidalguía de una Inglesa.
 La Cecilia, primera y segunda parte.
 El Triunfo de Tomiris.
 Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.
 La Industriosa Madrileña.
 El Calderero de S. German.
 Carlos V. sobre Dura.
 De dos Enemigos hace el Amor dos Amigos.
 El Premio de la Humanidad.
 El Hombre convencido á la razon.
 Hernan Cortés en Tabasco.
 La Toma de Milán.
 La Justina.
 Acaso, Astucia y Valor.
 Aragon restaurado.
 La Camila.
 La Virtud premiada.
 El Severo Dictador.
 La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
 Troya abrasada.
 El Toledano Moyses.
 El Amor perseguido.
 El Natural Vizcayno.
 Caprichos de Amor y Zelos.
 El mas Heroyco Español.
 Luis XIV. el Grande.
 Jerusalem conquistada.
 Defensa de Barcelona.
 Orestes en Sciro: Tragedia.
 La Desgraciada Hermosura: Tragedia.
 El Alba y el Sol.
 De un Acaso nacen muchos.
 El Abuelo y la Nieta.
 El Tirano de Lombardia.
 Cómo ha de ser la Amistad.
 La buena Esposa, en un acto.
 El Feliz Encuentro.
 La Viuda generosa.
 Munuza: Tragedia.
 La Buena Madrastra.
- El Buen Hijo.
 Siempre Triunfa la Inocencia.
 Alexandro en Scútaro.
 Christobal Colon.
 La Judit Castellana.
 La Razon todo lo vence.
 El Buen Labrador.
 El Fenix de los Criados.
 El Inocente Usurpador.
 Doña María Pacheco: Tragedia.
 Buen Amante y buen Amigo.
 Acmet el Magnánimo.
 El Zeloso D. Lesmes.
 La Esclava del Negro Ponto.
 Olimpia y Nicandro.
 El Embustero engañado.
 El Naufragio feliz.
 El Atofondrado.
 El joven Pedro de Guzman.
 Marco Antonio y Cleopatra.
 La Buena Criada.
 Doña Berenguela.
 Para Averiguar Verdades el tiempo es el mejor testigo.
 Ino y Temisto.
 La Constancia Española.
 María Teresa de Austria en Landaw.
 Soliman Segundo.
 La Escocesa en Lambrua.
 Perico el de los Palotes.
 Medea Cruel.
 El Idomeno.
 El Matrimonio por razon de Estado.
 Doña Ines de Castro: Diálogo.
 El Tirano de Ormuz.
 El Casado avergonzado.
 El Poeta escribiendo.
 Ariadna abandonada.
 Tener Zelos de sí mismo.
 El Bueno y el Mal Amigo.
 A España dieron blason las Asturias y Leon, ó Triunfos de D. Pelayo.
 Dido Abandonada.
 Siquis y Cupido.
 El Ardid Militar.

Los Amantes de Teruel, para tres personas.
 El Triunfo del Amor.
 La Toma de Breslau.
 El Pigmaleon, Tragedia.
 La Moscovita sensible.
 La Isabela.
 Los Esclavos felices.
 Los Hijos de Nadasti, en tres actos.
 La Nina: Opera joco-seria, en tres Actos.
 El Montañés sabe bien donde el zapato le aprieta. De Figuron en tres Actos.
 El Hombre Singular, ó Isabel primera de Rusia, en dos Actos.
 Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo, en un Acto.

La Atenea, en un Acto.
 El Esplin, en un Acto.
 La Faustina.
 El Misanthropo.
 La Fama es la mejor Dama.
 Pedro el Grande, Czar de Moscovia, en tres Actos.
 Entre el Honor y Amor, el Honor es lo primero. Figuron,
 El Matrimonio Secreto.
 La Andrómaca, para quatro personas.
 El Asturiano en Madrid, y Observador instruido. Figuron.
 La Muger mas Vengativa por unos injustos celos.
 El Preso por Amor, ó el Real Encuentro.